

que son iguales entre sí, sin importar la raza, la clase social, la apariencia, el trabajo, la habilidad, la riqueza, la educación, el nombre o la posición. Cuando ponemos nuestra fe en Jesús, él también nos resucita con él y nos sienta junto a él en el reino celestial. Jesús nos da autoridad sobre el mundo espiritual y sobre el pecado cuando oramos con fe en su nombre, seguimos al Espíritu Santo y usamos las verdades de la Palabra de Dios como nuestra guía. Jesús nos da a nosotros y a su iglesia todas las bendiciones espirituales que poseía para que hagamos su obra en el mundo. Jesús nos dijo a nosotros, sus seguidores, que haremos cosas aún mayores que las que él hizo porque ha puesto su Espíritu Santo dentro de cada uno de nosotros. ¡A Jesús le complace darnos estos dones para que podamos glorificar su nombre entre las naciones! Su Espíritu Santo también nos fortalece para obedecer al Padre y nos recuerda todo lo que Jesús enseñó, para que podamos seguirlo fielmente hasta el final. (Mateo 26:64; Juan 14:15-17, 26; Hechos 7:56; Gálatas 3:28; Efesios 1:3, 18-23, 2:6, 19-22; Hebreos 2:14-18, 4:15-16)

Como todavía somos humanos y no somos Jesús, seguiremos pecando. Sin embargo, ahora tenemos el poder de crecer en la fe, la obediencia y la devoción a nuestro Señor y Salvador, a medida que continuamos buscando nuestra relación con él por medio de la oración, la lectura y la obediencia a la Palabra, y la escucha del Espíritu Santo. También nos fortalecen las relaciones profundas con nuestros hermanos y hermanas, a medida que confesamos nuestros pecados unos a otros, oramos unos por otros y nos animamos unos a otros con nuestros testimonios y la Palabra. Recibimos mayor fe y poder del Espíritu cuando adoramos al Señor, recordamos su sacrificio y examinamos nuestros corazones durante la cena de comunión, ministramos en la iglesia, servimos a otros y compartimos el amor y el mensaje de Jesús en todo el mundo. Todo esto trae gloria a su nombre. ¡No hay vida más grande que una vida llena del poder y la gloria de Jesucristo! (1 Corintios 11:23-32; Efesios 6:10-18; Santiago 5:16; 1 Juan 1:5-8)

La promesa de Dios

La promesa de Dios es que todo aquel que ponga su fe en su Hijo para la salvación y siga sus enseñanzas será salvo. La fe en Jesús viene no solo de escuchar su mensaje sino también de caminar hacia su camino de vida. Hoy, podemos experimentar esta fe al leer la Palabra de Dios, la Biblia, creer y seguir lo que leemos e imitar la vida de Jesús. Cuando ponemos nuestra fe en Jesús como Salvador, nos comprometemos con él como el Señor de nuestra vida, confiamos en su perdón y nos alejamos de nuestro deseo de pecar, Dios perdona todos nuestros pecados y nos promete vida eterna con él en el cielo. Esta promesa es inmediata y comienza con nuestro acuerdo con el plan y el propósito de Jesús para nuestra vida. De hecho, Jesús nos salva mientras aún estamos muertos en nuestros pecados. Él no espera a que limpiemos nuestras vidas para luego salvarnos. Nos salva de nuestro pecado, de modo que su salvación viene a través de su gracia amorosa, o poder para salvar, y nuestro deseo genuino de seguirlo debido a su gran amor y sacrificio por nosotros. (Lucas 15:11-32; Romanos 3:21-26, 5:1-2, 8, 10:9-17; Efesios 2:4-10; Colosenses 2:11-15)

Aunque Jesús nos salva mientras somos pecadores, ¡no nos deja en nuestro pecado! Con todo nuestro cuerpo sumergido en el agua, Jesús nos lava con su sangre, entierra nuestros pecados para siempre y nos resucita a una nueva vida para seguirlo a él. ¡Es por eso que los nuevos creyentes corren a las aguas del bautismo! Así como Jesús murió por nuestros pecados y fue resucitado a la gloria, nosotros también morimos a nuestra antigua vida de pecado y de nosotros mismos, y comprometemos nuestra nueva vida a Jesús a través del bautismo. Ahora que confiamos en él, adoptamos sus enseñanzas, planes, sueños y metas para nuestra vida y le servimos de todo corazón como nuestro Señor y Salvador. En todo esto, Jesús realmente nos da una nueva vida a medida que nos volvemos más como él cada día. (Juan 8:31-32; Hechos 22:16; Romanos 6:1-10; Santiago 1:22-25; 1 Pedro 3:20-21; 1 Juan 2:3-6, 3:1-10)

Jesús también nos libera del temor, la culpa y la vergüenza social porque ahora sabemos que Dios nos ama y nos acepta y nos protegerá para siempre del daño espiritual. Por esta razón, podemos caminar en paz porque nuestro Padre siempre está velando por nuestras vidas y haciendo lo mejor para nosotros. La Biblia dice que un día este mundo terminará. En ese momento, Satanás, sus demonios y todos aquellos que sigan al maligno serán enviados a la oscuridad y al castigo, donde el amor y la gracia de Dios ya no estarán presentes. Sin embargo, quienes se alejen de sus pecados y sigan a Jesús hasta el fin reinarán con él en el cielo, adorarán a Dios y pasarán la eternidad regocijándose con su familia espiritual. (Juan 14:2; Hechos 5:27-29; Romanos 2:7, 8:1-4, 28; Hebreos 10:19-31; 1 Juan 4:18; Apocalipsis 20-22)

Nuestro propósito

Como hemos sido perdonados, lo celebramos viviendo una vida de adoración, de servicio y de amor a Jesús junto con otros creyentes. Ahora vivimos para él, en lugar de vivir para nosotros mismos. Vivimos para amar, servir y perdonar a los demás, como hemos sido amados y perdonados. Nos mantenemos cerca de Jesús a través de la oración, la lectura de su Palabra, el aprendizaje y la práctica de sus enseñanzas, la confesión de nuestros pecados a Dios y a los demás, y alejándonos del pecado cuando tenemos dificultades. La iglesia es un lugar donde los hijos de Dios son restaurados al honor. Por esta razón, podemos confesar libremente nuestros pecados a Dios y a los demás para que podamos experimentar la sanidad de las verdades y de la guía de Dios, aprender a poner en práctica las enseñanzas de Jesús y reconocer las mentiras de Satanás. En todo esto, alabamos a Jesús por su amor, su gracia, sus obras maravillosas y sus milagros en nuestras vidas, y compartimos con las naciones este mensaje de amor, perdón y poder a través de Jesús. ¡Ahora podemos cambiar nuestro mundo liberando a las personas de las obras del diablo! El Señor nos dice que sufriremos muchas cosas como seguidores suyos, tal como él sufrió. Sin embargo, quienes permanezcan fieles a Jesús hasta el final entrará en una gloriosa vida eterna llena de paz, libertad y amor. (Mateo 18:21-35; Mateo 28:18-20; Juan 15:1-17; Hechos 2:42-47; Romanos 8:17-18; Hebreos 10:24-25; Apocalipsis 17:14)



Connect the nations

¿Por qué hay tantos problemas en el mundo?

¿Dónde puedo obtener ayuda y orientación para mi vida?

¿Qué me sucederá después de morir?

¿Quién soy y por qué nací?

¿Cuál es el propósito de mi vida?



Escanear en busca de traducciones

El problema

El plan de Dios

El poder de Dios

La promesa de Dios

Nuestro propósito

¿Quieres aprender más?

¡Ven a estudiar con nosotros!

<https://www.connectthenations.com>

<https://www.talkenglishprogram.com>

El problema

La Biblia dice que Dios hizo toda la creación a través de su Palabra poderosa, o voz, y todo lo que creó era bueno. Él creó al primer hombre y a la primera mujer, Adán y Eva, como hijos honrosos e inocentes de Dios y los colocó en un hermoso jardín. Caminaban con Dios todos los días, sin temerle a nada. Sin embargo, Dios advirtió a sus hijos que nunca comieran del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Como Dios había creado a sus hijos para que fueran imperfectos, sabía que con este conocimiento, elegirían el mal. Aunque el castigo por pecar contra Dios es la muerte física y espiritual, Dios les dio a sus hijos la opción de confiar o no confiar en sus palabras.

Con esta oportunidad, un espíritu maligno, Satanás, vino a tentar a los hijos de Dios, prometiéndoles que Dios no los castigaría si comían del árbol, ya que serían como Dios, distinguiendo el bien del mal. Adán y Eva creyeron las mentiras de Satanás, confiaron en su propio juicio y comieron del fruto. Había otro fruto de un árbol en el jardín llamado el árbol de la vida que permitía a Adán y Eva y a toda la humanidad después de ellos vivir eternamente. Entonces, Dios expulsó inmediatamente a Adán y Eva del jardín para proteger a la humanidad de vivir eternamente en pecado. Mientras Adán y Eva todavía vivían bajo el cuidado de Dios, entraron en el mundo del pecado y la muerte. Sin embargo, Dios no estaba sin un plan para restaurar a sus hijos a sí mismo, purificando del pecado y vivir con ellos para siempre. Esta es la historia de la Biblia. (Génesis 1-3, Jeremías 3:19, Romanos 6:23)

Al igual que Adán y Eva, nosotros también hemos pecado, queriendo nuestro propio camino, honor y gloria, en lugar de los de Dios. En algún momento de nuestras vidas, todos hemos elegido seguir a algo o a alguien más como nuestro dios, viviendo para nosotros mismos, nuestras relaciones, nuestro romance, nuestros amigos, nuestra familia, nuestra educación, nuestro trabajo o nuestras vacaciones, en lugar de vivir para Dios. Tal vez hayamos elegido vivir para la comida, los medios de comunicación, nuestro cuerpo, el placer, el sueño o el pecado. Es posible que hayamos adorado a la naturaleza, a los animales, a los espíritus, a las estatuas, a los ídolos, a una persona o incluso a nosotros mismos. Tal vez la sociedad, el poder, la fama o el mundo se hayan vuelto más importantes para nosotros que Dios. Todos hemos hecho cosas buenas, pero todos hemos vivido una vida de pecado apartados de Dios. El pecado incluye la mentira, la deshonestidad, la impureza, la lujuria, la inmoralidad sexual, el odio, la desunión, el prejuicio, la ira, la maldición, la jactancia, el orgullo competitivo, la arrogancia, la falta de perdón, el chisme, la avaricia, el egoísmo, la rebelión, la borrachera, los excesos y la idolatría. La idolatría es honrar a alguien o algo por encima de Dios, incluso a nosotros mismos, e incluye recurrir a ídolos, amuletos, deidades o la naturaleza en busca de poder, protección o conocimiento que solo pertenece a Dios. Todos hemos creído en las mentiras de Satanás de que estas cosas podrían traernos alegría, honor, valor, gloria, belleza, felicidad, una vida mejor, dinero e incluso poder. Todos hemos elegido vivir alguna parte de nuestras vidas por lo que valoramos en lugar de vivir por el honor y los valores de Dios. En todo esto, nosotros también nos hemos vuelto a los caminos de Satanás, sin siquiera darnos cuenta de la fuente de nuestras creencias. (Romanos 3:23; Gálatas 5:19-

21; Efesios 4:25-32, 5:3-7; Apocalipsis 21:27, 22:15)

Si continuamos en pecado y orgullo, no podemos experimentar el amor, los planes, el propósito y la dirección del Padre para nuestras vidas. Sin el poder y la guía de Dios, nos convertimos en esclavos del pecado, del honor propio, del miedo, de la vergüenza, de los estándares sociales y de la competencia. Nuestros pecados y decisiones comienzan a dañar nuestras relaciones con las personas y con Dios. En todo esto, el pecado nos separa eternamente de nuestro Padre amoroso porque al pecar, estamos eligiendo una y otra vez amar, honrar y seguir algo o a alguien más, en lugar de Dios. Si somos honestos con nosotros mismos, reconocemos nuestra vergüenza y el sentimiento de distancia de nuestro Padre y nuestra necesidad de ser restaurados a él. Dado que Dios ha puesto la eternidad en el corazón de cada hombre, podemos sentir nuestro deseo por la vida eterna, nuestra necesidad del amor de Dios y un anhelo de una vida que lo honre, en lugar de una que conduce a relaciones rotas, vergüenza, ira, deshonra y muerte. Sin embargo, sin Dios, nos quedamos espiritualmente impotentes y muertos, y ese no es el plan de Dios para nosotros. Incluso después de todas las formas en que hemos pecado contra Él y contribuido al mundo quebrantado en el que vivimos, nuestro Padre todavía nos ama y anhela traernos de regreso a Él para siempre. (Eclesiastés 3:11, Isaías 59:2, Juan 8:34-35, Romanos 6:17-23)

El plan de Dios

El plan de amor de Dios para nosotros se encuentra en la Biblia. La Biblia está dividida en dos secciones: el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento, escrito entre 1500 y 400 a. E. C., contiene historias del pueblo de Dios, el primer conjunto de Leyes de Dios, oraciones judías y más de 300 profecías sobre Israel y el Salvador, o Mesías, que salvaría al hombre de su problema de pecado. El Nuevo Testamento fue escrito durante la vida adulta de los amigos y primeros seguidores de Jesús y contiene historias de Jesucristo (c. 6 a. E. C.—30 d. E. C.), las historias y escritos de sus primeros seguidores, la historia de la primera iglesia, las enseñanzas de Jesús y el cumplimiento por parte de Jesús de todas las profecías del Antiguo Testamento acerca del Salvador venidero. Estas profecías fueron escritas más de 400 años y preservadas dentro de los 200 años antes del nacimiento de Jesús, toda evidencia arqueológica que prueba que Jesús era el Mesías.

El Antiguo Testamento habla del plan de Dios de tener un pueblo propio, un pueblo judío llamado Israel. Israel fue referido como los hijos de Dios, y juntos fueron llamados el "hijo" de Dios. Nacieron para ser un pueblo completamente dedicado a su Padre Dios. Para desarrollar su devoción, Dios creó leyes para que sus hijos las siguieran y sacrificios para realizar como pago por sus pecados. Pero cada hombre, incluso los profetas, no cumplieron la Ley a la perfección y no cumplieron con su devoción. Esto deshonró a Dios y su relación con él. En el Nuevo Testamento, descubrimos el plan de Dios para nuestro mundo: enviar un Salvador, su Hijo perfecto y fiel Jesucristo, para ser sacrificado en una cruz por nuestros pecados y cubrir nuestro pecado y vergüenza. A través de la historia de Jesús, comenzamos a ver que los sacrificios de animales del pasado eran símbolos físicos de cómo Dios un día sacrificaría a su Hijo Jesús como el pago único y final por los pecados de todos los hijos de Dios. Israel, como el hijo imperfecto de Dios, también era

un símbolo físico tanto de Jesús, el Hijo perfecto de Dios, como de todos los hijos imperfectos de Dios, judíos y no judíos. Estos hijos un día serían purificados a través del sacrificio de Jesús y volverían sus corazones a Dios. (Jeremías 31:9; Oseas 11:1; Salmo 2:6-7; Miqueas 5:2-4; Isaías 7:14, 9:6, 10:22, 52:13-15, 53:1-12; Romanos 9:1-9, 25-26, 30-33; 10:1-4; 11:5-6, 22-26)

Entonces, ¿cómo es Jesús el Hijo de Dios? La Biblia dice que Jesús fue literalmente la Palabra viviente de Dios, o su voz, hecha hombre. Esta misma voz creó el mundo. De esta manera, Jesús era de hecho Dios: sus palabras habladas en forma humana. Puesto que solo Dios puede perdonar pecados y pagar por todo pecado cometido contra él, el sacrificio de Dios mismo eliminó para siempre la pena del pecado y la muerte eterna que aguardaban a sus hijos. Con este único sacrificio perfecto y santo, nunca más habría que hacer sacrificios a Dios por el pecado. El precio fue pagado completamente en Jesús, y el poder del pecado y la muerte espiritual fueron destruidos para aquellos que lo siguen. (Josué 7:20; 2 Samuel 12:13; Salmo 51:4; Juan 1:1-14, 29, 8:54-58, 14:11-13; Hebreos 1:1-3, 10:10-14, 17; Apocalipsis 19:13)

Jesús demostró ser Dios a través de su resurrección de entre los muertos. Fue golpeado, azotado y torturado en una cruz por líderes romanos, a petición de los líderes judíos que no creían en Jesús y estaban celosos de su autoridad. Después de seis horas en la cruz, Jesús fue declarado muerto y enterrado. Después de tres días en una tumba, resucitó y se apareció a más de quinientas personas. Muchos de los que presenciaron a Jesús resucitado fueron torturados por sus afirmaciones, mostrando su certeza en lo que habían visto y oído. A través del sufrimiento de Jesús, Dios demostró su amor eterno por nosotros y su anhelo de que seamos restaurados a él. (Mateo 27:11-65, 28:1-20; Juan 3:16 12:10-11, 17-19; 1 Corintios 15:6)

A través de la perfecta devoción del Hijo al Padre, aprendemos cómo vivir para Dios en lugar de para nosotros mismos, cómo traer honor y gloria a su nombre, y cómo caminar en una relación diaria con él. Aprendemos cómo amar, obedecer y confiar en Dios en cada área de nuestra vida, incluso a través del sufrimiento, tal como Jesús sufrió. A través de las palabras de Jesús, podemos crecer en nuestra comprensión de Dios y la identidad que nos dio. También obtenemos sabiduría para la vida y las relaciones al estudiar y practicar las enseñanzas de Jesús. Jesús también demostró su amor por las personas y su poder divino sobre Satanás a través de sus acciones: sanó a los enfermos, resucitó a los muertos, expulsó a los demonios, perdonó a las personas y las salvó de sus pecados. A través de la vida de Jesús, también podemos aprender a amar a las personas y liberarlas del pecado, la enfermedad, las mentiras de Satanás y la muerte. (Mateo 8:16-17, 9:1-8; Marcos 1:21-27; Juan 5:16-47; 9:1-41; 11:1-45, 12:49-50)

El poder de Dios

Jesús ahora está sentado en el trono a la "diestra" de Dios, una metáfora judía que significa que a Jesús se le ha dado toda la autoridad para juzgar y salvar a la humanidad. Habiendo sido hombre, está lleno de compasión por nosotros en nuestra debilidad. Todos los que siguen al Hijo de Dios reciben una nueva identidad: hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas de Jesús